

SEMBLANZAS Y SEMBLANTES DE BRISA DEL CANTÁBRICO



ALFREDO SÁEZ DE LA FUENTE

Corrían los primeros años de los cincuenta, no hacía mucho tiempo que los ecos de la barbarie mundial se habían apagado cuando yo vine al mundo, en un valle rodeado de montes y regado por dos ríos, el pueblo se llama El Regato (Errekaxo en euskera), y en el mes más bonito del año en el que termina el verano y empieza el otoño.

La infancia fue de vida callejera, el pueblo que con las minas tuvo su auge, con la entrada del siglo XX el cierre fue mayoritario convirtiéndose en pueblo dormitorio de emigrantes. Pero como iba diciendo, la vida se hacía en la calle y la naturaleza nos daba todo lo que necesitábamos para jugar y ser felices (no conocimos otra cosa).

Un recuerdo especial para la primera maestra que tuve, doña Mercedes, eso sí era vocación, pelear todos los días con 60 chiquillos, formar al entrar y cantar, darnos un vaso de leche en polvo y hasta queso era el ritual cada día, pero había una cosa que siempre me llamó la atención y era la colonia que usaba, aquel aroma no lo olvidaré jamás, era toda una señora.

Llegaron los años 60, la economía empezaba a crecer, las empresas ofrecían trabajo, casa y colegio a las familias de los trabajadores.

Mi padre entró en una empresa de estas en la que nos dieron casa con ascensor, colegio privado de frailes (Hermanos de la Salle), la enseñanza gratis, revisión médica una vez al año y lo mejor para nosotros un regalo por el Día de Reyes. Después vino el instituto, en el que fuimos la primera promoción e inauguramos con el nombre de José Antonio de Trueba (escritor vizcaíno de las Encartaciones).

Por estas fechas llegó la televisión con los famosos rombos y la no menos famosa carta de ajuste pasando ratos eternos para ver algún programa completo.

La época de los 70 se caracterizó por los cambios tanto a nivel político como personal, en esta época conocí a la chica que más tarde fue mi mujer (Encarni), el servicio militar 15 meses (sin comentarios) y más tarde entré a formar parte de la clase trabajadora en una gran empresa de la margen izquierda de la Ría del Nervión. Y a final de la época de los 70 me casé.

También por estas fechas la empresa en la que estaba de pagador sufre el atraco de ETA con lo que cambia la forma de abono de la nómina pasando a hacerse por transferencia.

Los 80 empiezan con el nacimiento de mi única hija (Naiara) y seguimos en una época de estabilidad y progreso tanto en lo personal como en lo laboral.

En los 90 viene la famosa reconversión industrial que pegaría con fuerza en los dos márgenes de la ría y que a mediados paso a formar parte continuó hasta la época siguiente y nuevo siglo. Es entonces, cuando decido pedir la cuenta definitiva y poner un negocio por mi cuenta trabajando en él hasta la entrada de la década del 2010.

Al año siguiente y por motivos familiares (la muerte de mi esposa y la de mi socio y cuñado) hacen que abandone el negocio poniéndolo en alquiler.

Al final siempre hay una luz y este es el nacimiento de mi nieta Irina.

En esa época conozco a Nemesio, el cual daba unas charlas en las que contaba algo de una residencia, una manera de vivir nuestra última juventud, y viendo con qué entusiasmo y fe lo decía me convenció y pasé a formar parte de la tripulación de este velero, que con rumbo fijo y firme, a pesar de las tormentas, se dirige a esa luz que se ve en el horizonte, que es la del faro que nos indica la cercanía de tierra firme y donde esta el puerto que nos dará cobijo y protección cuyo nombre es "BRISA DEL CANTÁBRICO".

Las siguientes décadas las viviremos y conoceremos juntos.